

# La forma espectral del capital

Carlos Oliva Mendoza

Quid rides? Mutato nomine et de te fabula narratur!<sup>1</sup>

## La mercancía

*El Capital*, quizá la obra más influyente en las ciencias sociales durante el siglo XX, cumple 150 años de haber sido impresa, en la ya lejana primera edición al alemán que en el año de 1867 viera publicada Karl Marx. Este libro, referido por el filósofo Bolívar Echeverría como la obra central dentro del *Index librorum prohibitorum* del capitalismo, inicia con la siguiente frase: “La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un ‘inmenso cúmulo de mercancías’, y cada mercancía como su forma elemental”.<sup>2</sup> Por esta razón, la investigación del capital se inicia con el análisis de la *mercancía*, específicamente, con el análisis de *la forma mercantil*.

Una de las primeras preguntas que podemos hacer frente al punto de partida que elige Marx es la siguiente: ¿por qué no estudiar *el mercado*, concretamente, el sistema o dispositivo de relaciones que está acaso sustentando ese “cúmulo” o “almacenamiento” de mercancías (*die Warensammlung*)? Otra pregunta que presumo pertinente: ¿qué hay detrás de una mercancía, más allá de esa forma mercantil que atraviesa cada segundo de nuestras vidas en las sociedades capitalistas, qué se oculta, qué se reprime o qué estructura la propia forma de las mercancías?

---

<sup>1</sup> “¿Por qué ríes? ¡Cambia sólo el nombre y a ti se refiere la historia!”.

<sup>2</sup> Marx, Karl, *El capital: crítica de la economía política, tomo I, libro I. El proceso de producción del capital*. Nueva versión del alemán por Wenceslao Roces. México: FCE, 2014, p. 41.

Creo que descartar ambas preguntas pueden darnos una indicación muy precisa de por qué la investigación debe iniciar con el fenómeno mercantil, con el hecho fáctico de la mercancía y no con los sistemas que sustentan al mercado o que hipotéticamente subyacen al mismo.<sup>3</sup>

Recordemos la primera definición de *la mercancía* que aparece en *El capital*: “es, ante todo, un objeto externo, una cosa que por sus cualidades satisface cualquier tipo de necesidades humanas. La naturaleza de estas necesidades, el que broten por ejemplo del estómago o de la fantasía, no modifica en nada este hecho. Tampoco se trata de considerar cómo la cosa satisface las necesidades humanas, si directamente como medio de vida, es decir como un objeto de disfrute, o indirectamente, como medio de producción”.<sup>4</sup>

La mercancía aparece así como una cosa, producida y consumida, que está relacionada a las necesidades humanas. Esto es importante, porque dentro de los sistemas animales y vegetales sólo de forma ficcional –con singular recurrencia en la música en el siglo XIX y en el cine infantil– recreamos la existencia de mercancías y del sistema mercantil capitalista; por sí mismos, estos sistemas vitales no producen o consumen mercancías. Su relación con la naturaleza toda, si bien es productiva y consuntiva, no es mercantil. Existen otras formas en que la existencia se despliega; la forma mercantil, en cambio, parece ser absolutamente singular de lo humano.

---

<sup>3</sup> Marx, dicho sea colateralmente, en un autor que no ofrece definiciones unívocas o conceptos fijos; por el contrario, procede por un complejo método de análisis, analogías, síntesis y ejemplos que pretenden mostrar determinados aspectos y movimientos internos de las cosas. Por eso aporta muchas definiciones tanto de lo que es una mercancía como del propio capital. Marx sabe muy bien, desde sus tesis sobre Feuerbach, que una definición y un concepto modernos son, a la vez, parte de un sistema mercantil y acontecen dentro del flujo del capital y el capitalismo.

<sup>4</sup> Marx, Karl, *El capital: crítica de la economía política*, p. 41

Más importante aún, para las preguntas que quiero descartar, es que desde esta primera definición de mercancía vemos dos aspectos: *la mercancía* –el libro, el viaje, el auto o el arma, por citar algunos ejemplos mercantiles– aparece siempre como algo externo (por consumir o conquistar, podríamos decir); y dos, se autonomiza, como dice Marx, de las necesidades. No importa si su origen es fantasioso u orgánico –la puedo producir en mi mente o en mis sueños, la puede demandar mi estómago, mi locura o mi pie. Más todavía, su autarquía es tal, su poder de gobernarse y desplazarse de un punto a otro es tal, que no importa en principio si las mercancías están ligadas al hecho directo de responder a necesidades consuntivas –por ejemplo detener una hambruna o una epidemia– o de estar intrincadas en el proceso de producción –por ejemplo, crear una obra de arte o un refugio para salvarse de una amenaza nuclear. Son desde siempre en potencia, como lo traza Marx en la primer página de *El capital*, eso que Mariflor Aguilar llama una *mercancía nómada*: dispositivos que aparecen en cualquier parte del mundo sin estar referidos a una comunidad primaria.<sup>5</sup> Éste es el caso singular y ejemplar de los libros, los autos, las redes sociales o los dispositivos “celulares” de comunicación.<sup>6</sup>

Quiero enfatizar pues que la mercancía es un fenómeno y una forma tan poderosa que en su misma constitución ya ha cancelado la posibilidad de que se explique, y se manifieste, a través de las leyes del mercado y, a la vez, es un hecho que, en su aparición permanente y cotidiana, confirma que tras ella no hay nada. En caso de que presupusiéramos que tras la mercancía existe algo más allá del propio

---

<sup>5</sup> Véase especialmente: *Resistir es construir. Movilidades y pertenencias*, México, FFyL–Juan Pablos Editor, 2013

<sup>6</sup> Dispositivos celulares tele-fónicos, tele-visuales y ahora hasta presuntamente tele-sensuales, pues con toda candidez decimos o escribimos “te abrazo” o “te beso”, en lugar de abrazar o besar.

intercambio mercantil, ese mismo hecho del intercambio lo destroza cotidianamente mediante el proceso de *a-precitación* y *de-precitación* de la propia mercancía. Nosotros y nosotras generamos ese proceso al consumir y producir: sacrificamos a la mercancía para que surja otra en su lugar y el sistema del capital pueda acumular reservas para producir nuevas mercancías que tienen como finalidad el *consumo*.

En esta folia y avance sin sentido del capital, tiene un lugar central el hecho de que todo deba ser transformado en mercancía y que el proceso de consumo sea cada vez más rápido, violento y destructivo; guarda, a la vez, un punto irreductible el hecho de que nosotros y nosotras generemos nuestra identidad como fuerza de trabajo, como capacidad de ejercer una labor productiva y consuntiva en el capitalismo. Si bien, una mercancía crucial es lo humano, no por esto es diferente a toda mercancía, su identidad está ligada a la creciente autonomía del mundo natural y del mismo mundo humano; en última instancia a su capacidad de permanecer de forma particular, dentro del cúmulo de las mercancías.

Pongamos un ejemplo más: en una sociedad o comunidad que no se rige por el intercambio de mercancías o donde no aparece la riqueza como un cúmulo de mercancías, el problema no acontece. Sin embargo, si esa sociedad empieza a generar formas mercantiles simples de trueque (mercancía-mercancía) y, necesariamente, busca un equivalente para facilitar ese trueque, ya sea una medida de gramaje, un equivalente de peso o un símbolo dinerario (mercancía-dinero-mercancía), entonces la mercancía tenderá a su autonomía, hasta alcanzar la famosa fórmula: 'dinero-mercancía-dinero'. Enunciado en el que Marx concentra el hecho de que la mercancía, en las sociedades capitalistas, ya ha alcanzado una plena autonomía frente a las

formas sociales y comunitarias, incluso, podemos decir, frente a las formas del mercado y todos aquellos presupuestos esencialistas que presuponen que tras una mercancía hay algo más.

### **El espectro mercantil**

Es del todo pertinente hacer el estudio del capital desde su forma elemental, ese objeto de sentido cerrado en sí mismo (mono-lógico), la mercancía; incluso, el avance y la proyección o prognosis de investigación que logra Marx y el marxismo, para seguir comprendiendo el capitalismo y sus nuevas formas de desarrollo, se debe, en gran medida, a esa idea de Marx de no apartarse de esa forma concreta que media de manera determinante nuestras relaciones sociales en el capitalismo: la forma mercantil.

Ahora bien, el Marx de *El capital*, al partir de un análisis tan preciso y potente de la mercancía, este objeto secreto y mágico que puede pasar de ser una mesa al centro de una fiesta o de ser una sensación a una partitura, (¡y reproducir este acto de forma diversa en lo social!) detecta y hace explícito que este organismo mercantil también todo lo degrada. Desata una gama de comportamientos momificados y zombificados, cuando anula o hace palidecer una y otra vez la fuerza de trabajo que hace posible la misma existencia de la mercancía. Detecta, a la vez, que las mercancías todo lo absorben: vampirizan, al reificar todo modo de producción o avance tecnológico al flujo del capital. En vez de usar las tecnologías y las formas polivalentes del trabajo vivo en un objetivo que no sea la equivalencia entre mercancías, la forma mercantil convierte, por un lado, todo ese trabajo en una abstracción que hace

invisible el trabajo contenido en cada mercancía; por el otro, dirige el avance tecnológico empleado en el medio de producción y de consumo hacia una red de flujos de capital, análoga a los flujos de sangre externa que metafóricamente necesita el vampiro. Este monstruo de la teratología moderna que para buscar constante y permanentemente el excedente, el plusvalor o la ganancia extraordinaria debe perpetuar el monopolio y las rentas de la tierra y la tecnología, a través de la figura patética del capitalista (el heredero de sangre).

¿Cómo sucede esto? En *El capital* se muestra que todo intercambio mercantil genera una *equi-valencia*. Sin embargo, esta igualdad es imposible, pues intercambia un objeto externo con el fin de satisfacer necesidades fácticamente no equivalentes, o particularmente inconmensurables. Realizo el intercambio mercantil simple porque creo la necesidad de aquello que el otro o la otra no necesita. Ella o él necesita lo que yo poseo o he producido. Así, desde el intercambio más simple, por trueque, quedan ya borradas las formas del trabajo y de la producción en el interior de la mercancía. Por esto el intercambio mercantil simple (mercancía-mercancía) genera una *sui generis* socialidad. La mercancía matriz es la tierra, no el trabajo vivo o el modo de producción, y todas las formas comunitarias, sociales, cráticas y creativas deben ser representaciones de los procesos de la tierra y la naturaleza. Las y los seres más sabios, aquellos y aquellas que guían a la comunidad, que ostentan la voz de la tribu, son quienes más tiempo han convivido con los modos y los sentidos de la tierra. Esto tiene implicaciones muy importantes y vigentes en muchos aspectos de nuestra socialidad, pero esto es abismalmente diferente cuando el intercambio no es simple, cuando el intercambio es dinerario o crediticio, cuando la figura simple de

intercambio mercancía-mercancía ha pasado a los intercambios mercancía-dinero-mercancía y a la forma ejemplar del capitalismo: dinero-mercancía-dinero incrementado (D-M-D').

Al comprender todo este fenómeno mercantil, no es extraño preguntarse, ¿por qué pasa esto? ¿Por qué no hay una racionalidad capaz de ordenar la aparición y determinación que impone la mercancía y el flujo de la forma mercantil? ¿Por qué no puede el ser humano detener una forma que lo convierte en esa misma estructura mercantil? ¿Por qué, para que existan los posibles espacios de regulación de la mercancía, es necesario que esa mercancía y su estructura capitalista se radicalice en otros espacios hasta el punto de la exterminación y genocidio de lo humano, lo animal y lo natural?

Son muchas las respuesta que en la historia del capital se han generado. Desde la posibilidad de regresar a una forma mercantil simple, hasta la idea ilustrada de que el ser humano es capaz de desarrollar una racionalidad que controle la socialidad, a partir de principio discursivos, dialógicos y tendientes a la universalidad del bien común. Sin olvidar, la permanente emergencia de religiones, fundamentalismos, estatismos y presuposiciones de que es el mismo mercado el que puede autorregular los flujos mercantiles y tolerar a su lado una estructura estatal mínima que vigile la mínima distribución de la riqueza. Todo esto parece irreal, quimérico y en algunos casos peligroso después del criminal y genocida siglo XX, que guarda como los hechos contundentes del capital el nazismo de la segunda guerra mundial y en lanzamiento de la bomba atómica.

¿Cuál es la respuesta escrita en *El capital*? En cierto sentido, Marx no sólo ve cómo la mercancía es una estructura monadológica que gana autonomía y regula las relaciones sociales; también ve que es una estructura siempre bifásica: tiene un rostro material y corporal que se actualiza en el consumo y producción de la mercancía; y un rostro que borra todo el contenido de la propia mercancía, su valor de cambio, un valor destructivo de sí misma que genera el fenómeno mágico del gran equivalente: *el dinero o el crédito*. ¿Por qué esto no puede cambiar, por qué las teorías y prácticas para salir de la socialidad mercantil capitalista fracasan? Marx lo explica así: el capital genera una *socialidad espectral*, que permanece, al lograr subsumir a las dos mercancías que generan toda el sistema mercantil –la mercancía fuerza de trabajo y las mercancías desarrolladas como modos o tecnologías de producción– a través del cambio o la fijación inestable y variable del precio. De los residuos del trabajo (y podríamos decir de las formas y técnicas de producción, y de la misma materia prima) nada permanece, salvo “una misma espectral objetividad, una simple condensación de trabajo humano indistinto, es decir, una condensación de la inversión de fuerza de trabajo humana sin consideración en la forma en que se ha invertido. Estos objetos sólo representan el hecho de que en su producción se ha invertido fuerza de trabajo humana, se ha acumulado trabajo humano. Como cristalización de esta sustancia social común a ellos, son valores, son los valores de las mercancías”, escribe Marx en *El capital*.<sup>7</sup>

¿Qué es, a qué refiere esta espectralidad objetiva o “material” de lo social? En primer lugar, al espectro o lo espectral que desaparece, en cada mercancía concreta, la

---

<sup>7</sup> Ibid, p. 44.



fuerza de trabajo, las costumbres, los usos, las formas de producción, las técnicas y artes de una sociedad; acota Marx, sólo aparecen como cristalizaciones, no en su despliegue vivo, podemos inferir. Y si bien sin estos cristales, sin estas condensaciones no puede existir la mercancía, sólo quedan fijados en nuestra socialidad como *espectros*. Por esta simple pero crucial razón estos cristales no se transforman en una conciencia histórica que cambie definitivamente el *decurso del capital*. Son cristales, no formas que puedan condensar una temporalidad y menos una historia consciente. En segundo lugar, esta espectralidad no genera un reflejo denso y permanente que se pueda mirar y hacia el cual se puede tender. Al no haber un espejo –sino espectros–, desde donde podamos ver claramente nuestra vida dentro del capital, no podemos desatar, encaminar, imaginar o documentar el tiempo mercantil. La mercancía desaparece sin dejar una huella sacra o histórica de sí.

*El capital no es una historia o una forma temporal.* El capital es una serie de espectros simultáneos, virtuosos, empresariales que exterminan todo aquello que no cede ante la forma mercantil. El sujeto del capital, el que habitamos y somos en este sistema, es a la par pasivo y espectral, virtuoso y excedentario, simultáneo y empresarial. Por estas dualidades desquiciadas es que el capital es, de forma central, *un ensayo de la violencia y del terror*, esos son sus matrices creativas, cráticas... mercado-técnicas. Por esto es afín a la estructura machista y patriarcal, al endiosamiento del Estado y la Nación, a lo *porno-gráfico* (la venta de la imagen o de algo siempre reducido a imagen), a la espectacularidad naturalizada de la crueldad y a la guerra. Es afín a los espectros que se pueden vender o destrozar de manera fugaz, porque los puede serializar, no porque los pueda transformar o abandonar. Todos

estos comportamientos de matriz bélica y patriarcal, le sirven para crear la ilusión de un espectro rector sobre los demás espectros mercantiles que intentan permanecer detenida y pausadamente en la socialidad del propio capital.

Pero su más profundo secreto, como se va mostrando a lo largo de todo *El capital*, es que no es un espectro, es el montaje simultáneo de un cúmulo de espectros, que es lo mismo que decir un cúmulo de mercancías. Esta *simultaneidad espectral y objetiva de la mercancía* hace imposible su desmontaje externo o su regularización interna. Por esto no aconteció la gran revolución que pusiera fin al capitalismo ni acontecerá la democracia y la justicia en el mundo del capital.

#### **CODA**

Quizá nada ejemplifica mejor el movimiento del capital que el cine de terror. El suspenso no viene de lo que va a acontecer, sino de generar fantasías sobre lo que nos espera; de suspender nuestra capacidad de acción y esperar lo peor o, en el mejor de los casos, aprender a convivir con lo peor. La cámara se sitúa atrás de la protagonista (suele ser importante que se sacrifique la forma femenina, como recordatorio perpetuo del sacrificio de la forma natural), en nosotros o en nosotras, para que tengamos tiempo de imaginar y proyectar todos los espectros que nos aguardan. Al generar cada quien espectros diferentes, es imposible una política y una moral que detenga esa multiplicidad de espectros. Cada quién lidia con el suyo, cada quien, experto en la disciplina del consumo, opta por sus mercancías y sus luchas.

Marx escribe en el prólogo a la primera edición de *El capital*: "Perseo se cubría con un yelmo de niebla para perseguir a los monstruos. Nosotros nos encasquetamos

el yelmo de niebla, cubriéndonos ojos y oídos para poder negar la existencia de los monstruos”.<sup>8</sup> Quizá ha llegado la hora en que reconozcamos que cada yelmo es un espectro mercantil y que lo necesitamos para enfrentar otros espectros. No obstante, lo más importante, ahora, parece ser el reconocimiento de que todas y todos portamos yelmos, que nos hacen monstruos en el combate frente a otros monstruos.

---

<sup>8</sup> Marx, Karl, *El capital: crítica de la economía política, libro I. El proceso de producción de capital*. Edición y traducción de Pedro Scaron. México: Siglo XXI, 1975, p. 8.